EL MERIDIANO
Daniel Pérez Calvo

Esa 'sutil' diferencia

NO es nada raro que las frases célebres e ingeniosas generen a veces conflictos de paternidad que sólo se resuelven –y no siempre– mediante la prueba del ADN intelectual o el rigor cronológico. Se puede argumentar que lo que cuenta al fin y al cabo, más que la autoría de una cita, es su contenido; sin embargo, tanto el origen como el contexto suelen ser claves para que la más humilde de las ocurrencias alcance el Olimpo de los grandes proverbios.

A mí, sin ir más lejos, no me habría importado rubricar una sentencia que he visto atribuida a personalidades tan dispares como Churchill, Otto Von Bismarck o James Freeman Clarke. La frase en cuestión viene a decir que lo que diferencia a un político de un estadista es que el primero sólo piensa en las próximas elecciones, mientras al segundo lo que de verdad le preocupa son las próximas generaciones. Para facilitar el descarte, les diré que el canciller Von Bismarck y el teólogo Clarke eran ya octogenarios cuando el joven Winston apenas había iniciado la brillante carrera que le convertiría en uno de los grandes líderes del siglo XX. Lo que ocurre es que, por su valía y su talla, cualquiera de ellos podría haber suscrito la cita; y de ahí la confusión.

Más difícil es en realidad encontrar hoy gestores de la cosa pública que con su conducta ejemplar e innegable altura de miras superen el filtro que permite diferenciar la excelencia de la mediocridad. Cuentan que una vez el gran Amadeo Vives, a punto de iniciar un ensayo, preguntó si los músicos estaban ya dispuestos. Fue el caso que uno de los miembros de la orquesta se atrevió a replicar al compositor, recordándole que ellos no eran músicos, sino profesores. La respuesta de Vives merece también el mármol, pues no dudó en dar la razón a su interpelante, al aseverar que, efectivamente, ellos eran sólo profesores, porque, para músicos de verdad, ahí estaban Bach, Beethoven, Mozart o Chopin: grandes maestros para quienes el anhelo de alcanzar la gloria de la inmortalidad a través de sus obras prevaleció siempre sobre el éxito a corto plazo; una actitud, en definitiva, que también ayuda lo suyo a la hora de distinguir si lo que tiene uno delante es un verdadero hombre de Estado o no pasa de ser un político sin más.

EL MIRADOR | Hay políticos que, como la diputada regional Elena Ribera (UDC), empapada de retórica nacionalista, llegan a invocar el fracaso de una gran empresa catalana por considerarse española
Por Guillermo Fatás

Juntos otros cien años... o más

HERALDO

EN los pasados días festivos, dos grandes empresas catalanas de productos del vino han hecho campañas publicitarias paralelas, con lemas similares y basados en una misma idea: celebremos algo juntos con nuestros clientes. No es rara la coincidencia, porque se trata de una 'Elementargedanke', como llaman algunos sabios a ciertas ideas básicas y omnipresentes. Uno de los anuncios dice a los clientes y consumidores: «Por los próximos cien años juntos». Y el otro: «Gracias por recorrer este largo camino juntos». Casi idénticos.

Dos marcas muy parecidas

Una de las marcas, Freixenet, apoya su voto de seguir juntos en haber sido fundada en 1914, es decir, hace ya un siglo exacto. La empresa data, en realidad, de 1861, pero ciñe esta celebración al inicio de su producción de cava. La otra marca, Torres, que existe desde 1870, desea seguir viajando por su «largo camino» con sus amigos, tras haber sido proclamada por una organización especializada 'marca de vino más admirada del mundo en 2014', por delante de caldos tan venerados como los 'châteaux' Latour, D'Yquem y Margaux o los afamados Vega Sicilia.

Freixenet y Torres se parecen, realmente, en muchas cosas. Ambas fueron y son empresas familiares, hacen bebidas a partir de viñedos propios, las dos son más que centenarias, tienen su raíz y su centro en Cataluña, presencia en todo el mundo y éxito mantenido a base de esfuerzo e inteligencia.

Sus nombres, antiguos y nada artificiosos, expresan indicaciones de origen, territorial y familiar. La etiqueta Freixenet remite a la cuna de Pere Ferrer, el primer miembro de la familia que decidió elaborar champán –entonces permitían llamar así al vino blanco elaborado 'à la champenoise'–, que era de La Freixeneda (La Fresneda, en castellano), un histórico lugar del Panadés. Freixenet significa de La Freixeneda.

En cuanto a Torres, apellido común en toda España, alude a los Torres catalanes productores de vinos y brandis. Son ya la quinta generación, contada desde los fundadores, Jaime y Miguel Torres Vendrell. Las dos son casas muy catalanas y vecinas, con matriz en el Panadés: tanto Freixenet, en Sant Sadurní d'Anoia y Torres, en Vilafranca del Penedès.

> «Elegido Bonet presidente de la Cámara de Comercio de España, habrá de inferirse que los catalanófobos que lo votaron serán gente la mar de retorcida»

Boicot patriótico

Mientras estos destacados catalanes se han ganado un gran respeto profesional, la diputada regional Elena Ribera, del partido Unió Democràtica de Catalunya (el de Duran i Lleida), no destaca mucho, que se sepa. A lo que se ve sin cosa mejor que hacer, anunció por internet que dos millones de catalanes dejaban de ser clientes de Freixenet a causa del dicho anuncio. Al poco, hubo de retirar la majadería, urgida por terceros algo más inteligentes. La pregunta es ¿por qué Freixenet fue objeto de su censura y Torres, no, si venían a decir lo mismo en iguales fechas y por similares causas? La malicia de la diputada se adivina enseguida, por su burda condición. Hay una diferencia en contra de Freixenet y es que su presidente, Josep Lluís Bonet –a quien puede llamarse José Luis sin que se ofenda–, dice, si se lo preguntan, que él y su empresa son catalanes y españoles y que, como casi todo el mundo, ve en Cataluña una «parte esencial» de España. Demasiado para la estricta aduana mental de la patriótica señora Ribera. Sea anatema.

Vidas nada paralelas

La señora Ribera es uno de los miembros más invariablemente pelmas del 'Parlament': seguir sus intervenciones por vídeo es un modo insuperable de gastar tiempo en cosas sin sustancia.

No obstante, y a juzgar por lo que ella misma cuenta, la suya y la del señor Bonet son vidas paralelas. Ambos estudiaron Derecho, cursaron estudios de doctorado –requisito tirando a leve, que de por sí no da acceso a título– y prepararon oposiciones. Ribera afirma que a notarías. Pero, leído su currículo con cierto cuidado, lo cierto es que la señora Ribera no se doctoró en nada ni ganó una notaría. Sin duda aventaja al señor Bonet en que este no pertenece a los Amics del Nucli Antic del Pont de Suert y ella, sí. Además, el señor Bonet ni siquiera coordinó el 'Programa de Reglamentació Orgànica y Execució de la Secretaria Sectorial de Execució Penal del Departament de Justícia de la Generalitat', cosa que sí hizo la señora Ribera en 2002.

Y si el señor Bonet es doctor 'cum laude' y profesor titular de universidad por oposición, en cambio, no es socio del Grup Esportiu i Cultural de Girona, como la señora Ribera; y, en fin, se ha conformado con ser un mero productor de cava que pone en circulación doscientos millones de botellas por año (rotuladas 'Sant Sadurní d'Anoia, España') y emplea a cerca de dos mil personas.

Esta señora Ribera es la misma que denuncia enérgicamente una «persecució que en l'actualitat [2014] està vivint el català a l'escola». Por cierto que, recién elegido el señor Bonet –consumado políglota– presidente de la Cámara de Comercio de España, habrá de inferirse que los catalanófobos que lo votaron tienen que ser gente la mar de retorcida.

CUENTOS DE DOMINGO
Antón Castro

El Sótano Mágico

LA magia tiene una historia cultural inagotable. Y a ella, a divulgarla y a crear poesía y prosa de la ilusión, ha dedicado mucho tiempo Ramón Mayrata, que vive a medio camino entre Segovia y Madrid. Igual habla de Houdini y de su esposa Bess, que prometieron comunicarse más allá de la muerte de uno de ellos, que del mago René Lavand, que vivió en su casa durante un tiempo, o de cualquier personaje vinculado con este intento de crear una apariencia de verdad, el vértigo del sueño, otra dimensión de la certeza. El vínculo de Ramón con la magia es extenso: de niño, con apenas once años, fue su tío Pedro Mairata, dibujante de cómics y artistas, quien le introdujo en este mundo. Luego se hizo amigo de Juan Tamariz, «considerado el mejor mago del mundo», y crearon juntos la editorial Frackson. Ahí sigue: buscando libros, recorriendo bibliotecas, conociendo seres y esas historias inverosímiles que parecen inventadas. Sin embargo, como suele ocurrir, la realidad le regala criaturas delirantes. De una de ellas, un misterioso señor de blanco que vivía en Segovia y salía todos los días de paseo, nació 'El mago manco' (Los libros de la fronterad), la novela que presentó en El Sótano Mágico (San Pablo, 43): un homenaje a los magos –en la literatura hay algunos textos memorables: 'El mago' de John Fowles, 'Mario y el mago' de Thomas Mann o 'Manual de la oscuridad' de Enrique de Hériz, son títulos muy recomendables–, a las bibliotecas, a los tahúres que se convierten en creadores de ilusión o en espías, a los asesinos –como don Manuelito, cubano próximo a Fulgencio Batista y a la mafia– que deciden dejar su oficio abominable por amor a una mujer como la bella Diana. La novela es una forma de mirar, de sentir, de percibir al detective y al ilusionista a la hora de enfrentarse a esa gozosa tarea de encandilar. El Sótano Mágico es otro espacio ideal de la ciudad: allí se puede hacer de todo; incluso tiene bodegas fantasmagóricas. Ofician con ingenio Pepín Banzo y Pepe Lirrojo, que deslumbraron con su humor. Y, como no podía ser de otro modo, ocurrió algo prodigioso: alguien recordó que hace no mucho en Zaragoza existió un mago manco.